

# *Alta Estirpe de Yandalath, los Castigados*

## LOS DOCE NAVÍOS ELFOS

**E**l Navío de la Alta Estirpe de Yandalath, los Castigados, llegó a la isla a sus costas más occidentales, a las altas y escarpadas Montañas de los Dragones. Allí descendió Efgo, Primero de Yandalath, a tierra, y comandó una tropa de exploración hacia el norte, donde se encontrarían con el resto, que irían bordeando la costa. Cuando el Navío llegó a la costa norte de la isla, tuvo que esperar semanas hasta que Efgo apareciera. Éste llegó solo, pues el resto habían caído luchando con los dragones. Pero él había sobrevivido y apareció a lomos de uno de ellos, al que había logrado gobernar. Era un dragón de escamas negras y grandes cuernos dorados, era fabuloso. Efgo le puso por nombre *Emperor*. De *Emperor* siempre se dijo que era un dragón que tenía el corazón retorcido...

Durante aquel tiempo dejó al mando del Navío a su hija Enda y a su esposa Ëssera. Cuando Efgo regresó, les dijo que no se instalaran, que irían a buscar otras tierras más grandes, pues él había sobrevolado la isla y había visto a otros elfos. Pensó ya que si quería someterlos y conquistar la isla, debía preparar un buen plan de ataque. Entonces ordenó a su hija Enda que gobernase el Navío siguiéndolo, que los guiaría desde el cielo, a lomos de *Emperor*. Así, en dirección norte, Efgo llevó a la Alta Estirpe de Yandalath hasta otro continente, una tierra desértica en que siempre era de noche. Lo llamaron las Tierras de Elhada...

En aquel lugar los elfos de Yandalath se asentaron, y formaron una cultura basada en el odio y el rencor. Efgo gobernó a todos con mano dura, y allí pasaron largo tiempo preparando el ataque sobre los demás elfos.

En aquel tiempo, Efgo tuvo otros cinco hijos con Ëssera: Örlogo, Ëtiro, İfiro, Hiligar y Lándaro. Los cinco crecieron y fueron adiestrados para la guerra, temibles luchadores serían en nuestra historia. Cuando el tiempo hubo preparado un gran ejército, Efgo marchó a la guerra, armando una gran flota, que navegó rumbo a la Tierra de Aradán. En sus hogares, al cuidado de todo el Reino, se quedaron Enda e İfiro, dos de sus hijos. Al parecer, este último era su predilecto...

Cuando Efgo llegó al norte de la isla, al lugar de donde una vez se marcharon, desembarcó una gran armada, colocando a sus cuatro hijos al mando de tremendos ejércitos. Al principio se establecieron en la costa, pero pronto comenzaron a expandirse, ocupando las tierras de Avaniissían al este y las de Quivarén al sur... No entablaron guerra en esos primeros movimientos, sino que fueron ocupando el territorio sin más. Entonces llegó un momento en que estas casas de los elfos, habitantes en la gran isla, enviaron una delegación militar hasta Efgo, de Yandalath. Ante él acudieron Aván, de Avaniissían, Líamo, de Quivarén y Edön, de Cardonón, algunos de los elfos más influyentes en la Tierra de Aradán. Le pidieron que regresara por donde había venido, pues aquella no era su isla. Efgo, por su parte, indignado, les contestó con malas palabras. Pero logró reprimirse el impulso de comenzar entonces una guerra que aun no podía ganar, lo que resultó una buena treta. En cambio, dijo que no ocuparía más tierras, y así se ganó la confianza de Edön, Primero de Cardonón.

En aquel momento, Efgo y Edön se hicieron amigos, y por poco tiempo llegaron a intimar. Hasta tal punto llegó su amistad, que Edön le contó a Efgo, de Yandalath, cómo abrir un portal mágico a otro mundo...

Fue entonces cuando Efgo, traicionando el secreto de Edön, abrió el *Caldero de la Sangre*. Pocas semanas después, Efgo invadió las tierras de Aván, de Avaniissían, por el noroeste, atacándolos de tal manera que aquel pueblo se vio muy diezmado tras la masacre. La contienda fue devastadora. Después de aquello, Efgo, de Yandalath, se autoproclamó Rey de la Isla, y por tanto, de todos los elfos...

Aquello representó tal amenaza, que los elfos volvieron a reunirse para afrontarla. Fue entonces cuando se nombró Rey a Aradán, que aceptó comandar la lucha contra Efgo. En ese momento dieron comienzo las Guerras de la Sangre.

Efgo movió rápido a sus tropas, jugando bien sus cartas. Envio a su hijo Örlogo por el noreste, al mando de la que llamaron la Hueste Sombria. Hiligar marchó al sureste, alcanzando incluso el Río Menedhros. Su hijo Lándaro, el menor de todos, avanzó hacia el sur, bordeando las Montañas de los Dragones. Y él mismo quedó con su hijo Ètiro, llamado el Brujo, junto a una gran fuerza, que se internaron en las Montañas, a defender el *Caldero de la Sangre*.

Las guerras fueron realmente cruentas. Duraron largo tiempo, y todos los elfos sufrieron sus consecuencias. Örlogo marchó atravesando las devastadas tierras de Avaniissían, creyendo que nadie se lo impediría, y por desgracia, no se equivocó. Ante él se levantó en armas Aván, Primero de Avaniissían, ordenando que diera media vuelta, pero Örlogo rehusó. Aquella noche, durante la dura batalla, Aván moriría bajo el filo de Örlogo, hijo de Efgo, de Yandalath. Tras aquello continuó su marcha al este, y allí libró serias

campañas contra los elfos de Gelidén. Por miedo, éstos abandonaron la isla para siempre...

Otro de los hijos de Efgo, Hiligar, llamado el Corrupto, se encontró en el Río con los elfos de la Casa de Menedhrassé. Con astutas tretas, logró acabar pronto con la efímera amenaza que le parecían. Los de Menedhrassé, a la desesperada, respondieron. Y fue entonces cuando Hiligar cayó, creyendo que jamás sería vencido. Él llegó a matar a Cristófitos, hijo de Menedhros de Menedhrassé, pero no resistió la acometida de éstos, pues murió en aquella batalla.

Lándaro, el menor de todos ellos, alcanzó las tierras al sur de la isla y allí se enfrentó a Aradán y a Baran, de Barafundär. Ésta última, pobre, murió bajo su filo mientras Aradán atacaba otro flanco. Su pérdida fue terrible para todos los elfos de Barafundär, y Aradán juró vengarla. Siempre lloró su muerte. A pesar de ello, esa fue la primera gran derrota que sufrieron los elfos de Yandalath, tras la que Lándaro huyó hasta su padre, que combatía a los elfos de Quivarén en las montañas.

Tras aquellas derrotas, la estrategia de Efgo comenzó a desmoronarse. Su lucha contra los dragones se mantenía en tira y afloja, el sur no le pertenecía, pero sí las tierras al este, hasta que sucedió algo terrible para la Casa de Yandalath. Kalhia, de Quivarén, comandando una gran fuerza, logró derrotar a Örlago y a su Hueste Sombria... Éstos representaban una de las puntas de flecha de Yandalath, y con su pérdida, los ejércitos de Aradán ganaron paso hasta los de Efgo.

Al poco de aquello se libró la Última Batalla de las Guerras de la Sangre. Aquel día murieron muchos elfos, la contienda fue grandiosa... Del lado de Efgo, de Yandalath, luchaban dos de sus hijos: Ètiro y Lándaro. Junto a Aradán, de Assëe, combatían Edön, de Cardonón, Líamo, de Quivarén, Assär, de Firindain, y muchos más valientes... Aquella batalla será siempre recordada en los anales del tiempo. Efgo, evitando a Aradán, dirigió un flanco, dejando el centro de la fuerza a Lándaro. Éste se vio sorprendido por Aradán, que lo combatió con tal furia que no llegó a ser adversario para él. El hijo de Efgo murió entonces.

El flanco en que luchaba Efgo, fue dirigido en su contra por Edön, de Cardonón, y cuando ambos se encontraron pareció detenerse el tiempo. Se dijeron palabras muy fuertes, y apelaron a antiguos rencores. Entonces se enfrentaron, pero el grandísimo poder de Edön no le fue suficiente, y Efgo lo derrotó, hiriéndolo sin dejarle morir... En ese momento apareció Líamo, de Quivarén, y se enfrentó a Efgo. Llegó volando a lomos de su dragón, y ambos contrincantes libraron un épico combate alado. Los dos guerreros sobrevolaron el campo de batalla, y ambos ejércitos los observaron en mitad de la lucha.

Pocos llegaron a verlo allá arriba, pero *Praetorius*, el dragón de Líamo, logró alcanzar en la veloz refriega a *Emperor*, la bestia negra de Efgo, y éste cayó desde lo alto. Antes de impactar con el suelo, *Emperor*, moribundo, salvó con su cuerpo a su amo, y así Efgo logró sobrevivir a la caída.

Una vez en tierra, Efgo, llorando por la pérdida de *Emperor*, se puso en pie y divisó a Aradán, que atendía al herido Edön en medio de la multitud. Ambos se miraron, y comenzó el combate entre los diestros guerreros...

Ya pocos soldados quedaban en pie cuando ellos dos se enfrentaron, pero no importaba, pues el resultado de aquel enfrentamiento, entre Reyes, sería decisivo en la contienda. La lucha duró horas, y ninguno dio signos de abatimiento, hasta que Edön, desde el suelo, creyéndose muerto, y sumido en la culpa por haber confiado en Efgo, lanzó un poderosísimo hechizo sobre el bastón de Aradán. La energía desatada decidió la lucha, y provocó el cataclismo que partió la Tierra de Aradán en incontables islas...

Efgo fue derrotado, pero logró huir. A pesar de ello, terminaron las Guerras de la Sangre, y él jamás regresaría a aquellas islas...

Los elfos oscuros se retiraron entonces a las Tierras de Elhada, y por un tiempo se olvidaron de las islas de los elfos. Tardaron mucho en recuperarse las heridas, y por largo tiempo Efgo gobernó con mano de hierro. La frustración de la derrota hizo mella en él, y en todos los elfos de Yandalath, que evitaron sentirse inferiores y pronto comenzarían a urdir nuevos planes de ataque.

En aquel momento, a su regreso, se reunieron los elfos más importantes de la Casa de Yandalath, y acordaron, en común, que Efgo sería Rey, incluso tras la derrota en la Tierra de Aradán. La única en oponerse fue su hija mayor, Enda, la cual fue expulsada entonces y repudiada... Ya desde aquello, ésta estuvo en contra de su padre.

Efgo fue un Rey poderoso, pero la corrupción de su corte, de su propia familia, terminaría con él. Por aquellos días gobernaba sin confiar en sus hijos: Enda y Örlago, se habían casado; y Ètiro, e İfiro, que siempre se mantuvieron de su lado. Al parecer İfiro era su favorito, y en un movimiento estratégico, planeado por Sarek, hijo del difunto Hiligar, la historia giró siguiendo su curso: Örlago asesinó a su hermano İfiro, y Enda y Sarek secuestraron a Efgo, hasta ese momento Rey de Yandalath.

Tras aquello, Efgo fue hecho preso en Dunottar, la Fortaleza de la Arpía, un bastión construido en un promontorio al borde del Fin del Mundo, donde terminan las Tierras de Elhada al norte... Efgo fue hecho preso con su esposa, Èssera, y junto a su hijo Ètiro, que siempre le fue fiel. Y se le encomendó su cuidado y vigilancia a İshiar, hermano de Sarek. Entonces dieron lugar las migraciones de los elfos de Yandalath. En ese momento se

autoproclamaron las diferentes dinastías, al separarse los hijos de Elgo. Por un lado Enda y Örlago se nombraron Reyes de la Dinastía de Esnas, y se alejaron de todos. Fundaron un Reino no menos corrupto que el de su padre, y vivieron por largo tiempo, viendo pasar las eras y las edades del mundo desde sus tronos de negra maldad... De Örlago dirían además que mataría a Assär, nieto de Firin de Firindain, pues en aquellos días fue hasta las Tierras de Elhada buscando venganza...

Veala, que fue la esposa de Lándaro, y ahora su viuda, madre de sus dos hijos, aprovechó el caos de la traición para autoproclamarse Reina de la Dinastía de Queralla, y se ocultó en algún lugar de aquellas tierras...

Por su lado, Sarek, hijo de Hiligar, que había planeado la traición, decidió esperar para nombrarse Rey, pues aun no había completado su plan... En ese momento se embarcó junto a sus hermanas, Sarada y Arathi, la Guerrera, y navegó hasta el Archipiélago de Eleanor, como ya llamaban los demás elfos a las islas que antes fueran la Tierra de Aradán.

Aquella fue la segunda gran incursión de los elfos de Yandalath, y aunque la contienda no adquirió las dimensiones de las Guerras de la Sangre, en que antaño murieran tantos elfos, las consecuencias de esta vez fueron devastadoras. Sarek tenía un plan y pensaba cumplirlo.

Se libraron por aquellos días varias batallas en que la amenaza no pareció tanta como llegaría a ser. Al final ocurrió lo que nadie esperaba. Sarek era un gran guerrero, que llegó hasta las puertas de Garn-Ithil, la Torre Estrella, y allí se batió con Aradán, de Assëe. La lucha fue impresionante. Sarek no permitiría que aquél que derrotara a su abuelo antaño le derrotara ahora, y al final le dio muerte. La caída de Aradán fue un durísimo golpe, que dio vía libre a Sarek para asaltar Garn-Ithil en busca de sus hijas, para llevárselas consigo. Aunque no dio con Laetatis ni Mehara, encontró a Ëlenar, hija de Mehara, nieta de Aradán y Eleanor, y la secuestró. Entonces, ante el asombro de todos, Sarek retiró sus tropas, regresando a las Tierras de Elhada.

Aquel fue el momento elegido por Sarek para proclamarse Rey de la naciente Dinastía de Orah. Desposó a Ëlenar, y advirtió de que su descendencia con ella tendría sangre de tres Altas Estirpes de los Elfos: la de Yandalath, la de Assëe, y la de Avanissían, y que sus hijos podrían optar al trono de Assëe, y por tanto gobernar a todos los elfos, cargo que por aquellos días pasó a ocupar Mehara, madre de Ëlenar...

Sarek y Ëlenar tuvieron tres hijos: Mīran, que murió al nacer, la hermosa Lorsan y el horripilante Ishto. Este último fue elegido para ocupar el torno de Assëe, y fue educado en la guerra. Pasó el tiempo, y cuando Ishto creció, Sarek estaba listo para lanzar su ataque definitivo. Aprovechó un buen

momento, en que Tirian, Señor de Elfos, que ya reinaba en Eleanor, se encontraba ausente, en el Viejo Mundo, ayudando a los hombres en la que se llamó la Guerra de la Roca.


El día en que desembarcaron en los Reinos de Eleanor comenzó la guerra. Sarek atacó invadiendo sin piedad, reclamando para su hijo la Corona de Assëe, y todos los elfos respondieron con fiereza. Aquellas fueron las Guerras de la Magia, en que muchos valientes se batieron defendiendo lo que creían... Fuese justo o no, deseable o no...

Sarek y su hijo Ishto lograron abrir de nuevo el *Caldero de la Sangre*, el portal mágico que Efgo hubo abierto con ayuda de Edön, de Cardonón, tanto tiempo antes, y así la amenaza tomó un cariz peligroso... La guerra fue durísima, y cuando Tirian regresó a sus tierras, se encontró su Reino desolado por el horror. Y aunque su presencia supuso un hálito de esperanza en la contienda, la historia se repitió, y cayó bajo el filo de Sarek. Éste, entonces, proclamó a su hijo Ishto Rey de los Reinos de Eleanor, a lo que todos se negaron.

Tras la muerte del Rey Tirian, Señor de Elfos, fue nombrado Rey su hijo Alkar, que había estado comandando las defensas de los Reinos de Eleanor en ausencia de su padre. Pasó un tiempo y la guerra se endureció. Cayó Garn-Ithil, la Torre Estrella, y Sarek veía próxima la victoria, hasta que al fin se vio cara a cara con Alkar. El Rey legítimo se enfrentó a Sarek y a Ishto, a ambos, y la lucha fue digna de tres reyes... Pero al final, Alkar acabó con los dos. Sarek murió después, viendo sus esperanzas esfumarse, y así acabaron las Guerras de la Magia.

Tras el combate, Alkar se alzó victorioso, y la amenaza de los elfos oscuros desapareció. Los que quedaban regresaron a las Tierras de Elhada, y por allí aun moran. La Corona de Orah recayó entonces sobre Ssaraco, nieto de Sarek, que aun hoy adorna su cabeza, maquinando desde la oscuridad y la lejanía...

*Alta Estirpe de Yandalath, los Castigados*  
*Los Doce Navíos Elfos*  
Memorias Olvidadas

 Darka Treake, 2008

[www.modt.net](http://www.modt.net)